

Nº 22 Vol. 15 (diciembre 2025)

ISSN:0719-0166

imagonautas

Revista Interdisciplinaria sobre Imaginarios Sociales

UPAEP



UPAEP

Emilio José Baños Ardavín, *Rector*.
José Antonio Llergo Victoria, *Secretario General*.
Jorge Medina Delgadillo, *Vicerrector de Investigación*.
Mariano Sánchez Cuevas, *Vicerrector Académico*.
Javier Taboada, *Director Editorial*.

imagonautas

Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR)

Directorio

Felipe Andrés Aliaga Sáez, *Coordinador General*.
Javier Diz Casal, *Comité Editorial*.
Yutzil Cadena Pedraz, *Comité Editorial*.
Josafat Morales Rubio, *Comité Editorial*.

IMAGONAUTAS, REVISTA INTERDISCIPLINARIA SOBRE IMAGINARIOS SOCIALES, año 15, No. 22, diciembre 2025, es una publicación semestral editada por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla A.C., calle 21 Sur 1103, Col. Santiago, C.P. 72410, Puebla, Puebla Tel. (222) 2299400, revista.imagonautas@upaep.mx Editor responsable: Raúl Romero Ruiz. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2022-100513012000-102, ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Comité Editorial Imagonautas

Josafat Morales Rubio, *Editor en jefe*.
UNIVERSIDAD POPULAR AUTÓNOMA DEL ESTADO DE PUEBLA, MÉXICO
Raúl Romero Ruiz, *Editor*.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO
Felipe Andrés Aliaga Sáez
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS, COLOMBIA
Milton Aragón
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA, MÉXICO
Fátima Braña Rey
UNIVERSIDADE DE VIGO, GALICIA, ESPAÑA
Yutzil Cadena Pedraza
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, MÉXICO
Enrique Carretero Pasin
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, GALICIA, ESPAÑA
David Casado Neira
UNIVERSIDADE DE VIGO, GALICIA, ESPAÑA
Javier Diz Casal
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL IBEROAMERICANA, MÉXICO
Laura Susana Zamudio Vega
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA, MÉXICO



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. La licencia completa se puede consultar en <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

Representaciones del narcotráfico en el espacio social. El caso de la ciudad de Culiacán, México.

Diana Marcela Zomera Partida 

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, dizomera@gmail.com

Resumen

El objetivo de este texto es mostrar algunos de los elementos que configuran las representaciones del narcotráfico en la ciudad de Culiacán, México. Se trata de explorar cómo las prácticas sociales que caracterizan dicho espacio han sido determinantes en la disposición de imaginarios específicos de sus habitantes y de la estética urbana, a partir de su vinculación con el tráfico de drogas. En el entendido de que toda práctica, acción o resolución humana, ya sea realizada de manera individual o colectiva, sucede en un tiempo y espacio específico, la manifestación simultánea de éstas se convierte en la base material que va dando apariencia a las ciudades. En este sentido, la práctica social es al mismo tiempo una práctica espacial. En Culiacán, entonces, convergen las prácticas: sociales-espaciales, económicas, ilegales, gubernamentales, urbanas, rurales, corruptas, violentas, culturales, etc. Los imaginarios que de aquí emergen, comparten terreno con tendencias modernizadoras de construir la ciudad, con las cuales, no obstante, se mantienen en constante tensión. Como resultado de ello, emerge una identidad regional plagada de elementos simbólicos que le han otorgado a Culiacán un carácter específico de ciudad del narco.

Palabras clave: narcotráfico, imaginario, prácticas socio-espaciales.

INTRODUCCIÓN

Culiacán es una ciudad que se muestra complicada al análisis simple. Sus condiciones materiales, sociales, políticas, culturales y económicas, hacen la base de una compleja y articulada red de relaciones e interacciones asociadas al tráfico de drogas, dando lugar a transformaciones urbanas espaciales que evocan una amplia tradición de ilegalidades. Se trata de una localidad cuya expansión ha estado influenciada por las actividades económicas y políticas, legales e ilegales, emergentes en cada momento histórico.

Desde hace varias décadas, la visibilidad mediática de Culiacán ha estado anclada en términos como: *violencia, peligro, crimen organizado, homicidios, narcotráfico, grupos armados*, entre otros igual de alarmantes. Por lo tanto, la atención o visibilidad que recibe difícilmente trasciende el estigma del narco. En este sentido, cualquier aproximación requiere un conocimiento de las particularidades del espacio, no solamente en una dimensión técnica, sino simbólica que refleje la conjugación de las condiciones históricas, sociales, políticas, míticas. Puesto que su historia se ve reflejada en los paisajes, los usos y costumbres, los trazos viales, en el andar de la gente y en las fachadas y ruinas que cuentan el impacto de cada época.

En este artículo se destacan algunas dimensiones de sentido común en la sociedad culiacanense que permiten entender la manera en que las condiciones urbanas se han visto modificadas a partir de las prácticas sociales. Por ejemplo, cómo las interacciones y dinámicas que sostienen el tráfico de drogas como actividad redituable han devenido en formas sociales del narco. Estas, a modo de espectro cultural, han terminado por imbricarse en la vida cotidiana de Culiacán hasta concretarse en un imaginario del narcotráfico desplegado en el espacio social urbano culiacanense.

En este sentido, las representaciones sociales permiten a los actores sociales comprender el mundo que habitan, interactuar con éste y, en algunos casos, modificarlo. Es a partir de estas construcciones simbólicas que los sujetos le otorgan un sentido a su existencia, al situar su experiencia concreta en un marco histórico, cultural y social (Jodelet, 1986). De esta manera se facilita el entendimiento del espacio urbano como resultado de la práctica humana y la experiencia vivida que construyen identidad.

Se analizan entonces tres elementos que configuran y dan sentido al espacio social, y que en su convergencia contribuyen a conformar las representaciones del narcotráfico: el contexto histórico de la región; el impacto económico social y cultural del narcotráfico en Culiacán; y el imaginario del narcotraficante culiacanense.

METODOLOGÍA

El contenido de este texto se desprende de una investigación más amplia sobre la producción del espacio social en contextos de ilegalidad específicamente vinculados al narcotráfico en la ciudad de Culiacán, México. El desarrollo y resultados de tal investigación fueron presentados como Tesis Doctoral con el título: «Culiacán: producción de espacio en contextos de economía ilegal». Este trabajo tenía como objetivo principal mostrar que la evolución urbana-espacial de Culiacán podría estar respondiendo al mismo tiempo a la introducción de capitales ilegales en la dinámica económica local legal, y a las exigencias de urbanización desprendidas del modelo de ciudad capitalista. Tal proceso se hace posible gracias a las herramientas y estrategias heredadas de la forma política tipo gobernanza. El resultado es un espacio de representación culiacanense que permite ver la hibridación de formas legales e ilegales desde

las cuales se ha constituido y que sobresaltan en la apariencia de la ciudad.

La información fue recolectada desde diversas fuentes: bibliografía, bases de datos y material audiovisual. Asimismo, se hicieron cuatro visitas de campo de aproximadamente un mes cada una, realizadas entre diciembre 2018 y mayo 2022; una treintena de diálogos tipo conversatorio con profesores, estudiantes, amas de casa, comerciantes y público en general. Revisión de periódicos de circulación local: El Debate, Noroeste, Espejo revista, y otros de circulación nacional: La Jornada, El Financiero, El Universal, Milenio. Además de la aplicación de entrevistas estructuradas con interlocutores clave como: la directora de la asociación ciudadana Iniciativa Sinaloa, uno de los coordinadores de planeación urbana del Instituto Municipal de Planeación Urbana de Culiacán y un periodista de investigación de Espejo revista.

Los datos recabados ayudaron a entender la conexión entre economía e ilegalidad; la cuestión política e institucional; la cultura y la violencia; la práctica y la experiencia; el imaginario y las representaciones; lo rural y lo urbano. Asimismo, permitieron entender que dichas categorías existen entrelazadas entre sí y con otras interacciones organizacionales, jerárquicas, manifestadas en el espacio geográfico y la vida cotidiana de Culiacán.

CULIACÁN, BELLA TIERRA DE ENSUEÑO¹

Culiacán es uno de los centros urbanos más importantes y productivos del noroeste de México. Es la capital del estado de Sinaloa y concentra la gestión de las principales actividades económi-

cas, administrativas, legales, culturales, educativas y sociales que confieren a todo el estado (Figura 1). Cuenta con 808,416 mil habitantes, según datos del censo poblacional 2020, realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2020a). Se ha posicionado como ciudad agrocomercial económicamente competitiva gracias a la comercialización en gran escala de hortalizas. Debido a ello le corresponde el 30% del total de la industria estatal (H. Ayuntamiento de Culiacán, 2022).

De acuerdo con Ibarra (2015), lo que posibilitó la consolidación de Culiacán como principal centro socioeconómico del estado no está desvinculado del proceso de globalización que sacudiera al mundo. Al contrario, sería precisamente este modelo globalizado de crecimiento económico lo que permitió el avance de una fuerte economía terciaria y, particularmente, la emergencia y consolidación de una base económica regional impulsada por el negocio *transnacional de drogas*, cuyos principales representantes y operadores son grupos delincuenciales radicados en la región centro de Sinaloa.

BREVE RECORRIDO HISTÓRICO

A principios del siglo XX la agricultura comercial fue el motor de crecimiento económico en Sinaloa. Los sobresalientes cultivos de garbanzo, tomate y caña de azúcar, convirtieron al Valle de Culiacán en el exportador número uno de México. Mientras que la especialización en la producción de tomate, vinculada mayormente a la exportación a Estados Unidos, le valió el lugar de proveedor principal para el mercado norteamericano.

¹ Fragmento del tema *Culiacán*, escrito e interpretado por el músico y compositor Enrique Sánchez Alonso «Negrumo», oriundo del lugar.

Figura 1. Ubicación geográfica de Culiacán



Fuente: INEGI, 2020b

La Segunda Guerra Mundial (SGM), abrió nuevas perspectivas para la agricultura sinaloense. La mano de obra que partió a la guerra, así como el viraje hacia actividades de producción de la guerra, provocaron una caída en la producción alimentaria agrícola en Estados Unidos, por lo que «la demanda de productos mexicanos y particularmente sinaloenses no se hizo esperar» (Luna, 2002, p. 61). Este momento histórico además significó para Sinaloa una oportunidad extraordinaria de cultivo. Tras el término de la guerra, el consumo de morfina entre excombatientes estadounidenses se disparó y la demanda de opio para su producción se incrementó. Los agricultores sinaloenses, principalmente los de zonas serranas, entendieron el potencial comercial/exportador de la amapola que junto con otros cultivos considerados ilegales como la marihuana, representaría, en el largo plazo, uno de los negocios más lucrativos, permanentes y característicos de Sinaloa: el tráfico de drogas.

Hacia los años setenta, la producción y comercialización de marihuana y amapola se intensificó. El gobierno estadounidense, en afán de contener las grandes cantidades de drogas que recibían en el país, determinó políticas

estrictas para regular las importaciones en sus fronteras. Además, se desarrollaron e implementaron estrategias de colaboración entre gobiernos para controlar el tráfico. La Operación Cóndor de 1977², es probablemente la más notable, extensa y costosa de ellas.

Sin embargo, como efecto de las políticas antidrogas, muchas familias dedicadas al cultivo de enervantes decidieron instalar su residencia en la creciente zona urbana de Culiacán, habiendo primero colonias mayormente populares, lo que coadyuvaría a la creación de las primeras identidades locales urbanas vinculadas a las drogas. Tal movimiento generó un estigma en las colonias de acogida, que en adelante serían conocidas como colonias del narco.

Se establecieron nuevas relaciones y vínculos familiares y comerciales que al paso de los años fueron diluyendo los lazos con el negocio de las drogas al incursionar en actividades económicas legales. Es así como las familias del narcotráfico se convirtieron en miembros reconocidos de la sociedad, cuyo ritmo de vida sería un parteaguas en la dinámica y el orden social de la ciudad.

A principios de los noventa la aglomeración urbana de Culiacán le otorgaba ventajas para la localización industrial y de servicios. En los siguientes diez años pasó de ser una pequeña ciudad dedicada casi exclusivamente a la agroindustria, a ser un centro de negocios, comercial-manufacturero y de servicios. La urbanización resultante sesgó tanto el aprovechamiento de los recursos como de los espacios.

2 Operación Cóndor fue el nombre que se le dio a una de las estrategias de colaboración entre los gobiernos de EEUU y México para el combate al narcotráfico. Se trató de una campaña policiaco-militar orientada principalmente a la destrucción de sembradíos de marihuana y amapola en Sinaloa, por medio de la quema de terrenos y el uso de pesticidas químicos. Lo que caracterizó esta operación con referencia a otras intervenciones estadounidenses, fue el desarrollo de trabajos de inteligencia para detectar tanto las zonas de siembra como a los líderes del tráfico (Fernández, 2018b).

A partir de entonces las modificaciones urbanas respondieron al reacomodo de las actividades económicas y las posibilidades de los distintos sectores poblacionales. Se construyeron centros comerciales, cines de cadena, complejos habitacionales, hoteles lujosos, escuelas, bares y restaurantes de calidad internacional, lugares de recreación, bancos y edificios gubernamentales y de negocios con tecnología de última generación, concesionarias automotrices, estadios deportivos, se ampliaron avenidas, se remodelaron calles, etc.

Con el advenimiento del nuevo siglo, la ciudad fue sometida a un proceso de transformación urbana. Se han destruido y construido espacios atendiendo las tendencias arquitectónicas internacionales guiados por imaginarios de ciudades de élite. Esto supone que en un entorno globalizado y movilizado bajo determinismos impuestos por un sistema económico que promueve el consumo como base de interacción, la ciudad deba evocar aquello que la fundamenta: la generación de ganancia (Castells, 2012). Por otro lado, la ciudad se ha visto igualmente transformada en función de las dinámicas y el avance de las formas del narcotráfico en la ciudad. Por lo tanto, el reordenamiento urbano contribuyó tanto a intensificar las desigualdades socio-espaciales, como a consolidar el imaginario urbano de ostentación heredado del narcotráfico.

CIUDAD VIOLENTA

Hasta los años cincuenta, la presencia del narcotráfico en Culiacán era notoria pero tranquila; no se manifestaban tantos movimientos y/o enfrentamientos y tampoco significaba un factor de inestabilidad social, según Ibarra (2015). Sin embargo, a partir de los sesenta, tras el perfeccionamiento y la concentración de los procesos

de producción, distribución, almacenamiento, monitoreo, venta y traslado de estupefacientes, el tráfico de drogas se consolidó como negocio lucrativo. Esto impactó directamente en el imaginario colectivo que se tenía de la ciudad, y como consecuencia, en las convenciones de interacción directa, en las prácticas socioespaciales, en las formas de habitar y experimentar la ciudad y, por supuesto, en las representaciones que se van construyendo de ella.

En el 2008, en medio de la denominada «guerra contra el narco» encabezada por el gobierno federal de Felipe Calderón Hinojosa (2006-2012), Culiacán adquiere reputación internacional de ciudad violenta frente al despunte en los índices de violencia y muertes como consecuencia del narcotráfico en la región.

Lo sucedido es el reflejo material de la complejidad de formas en que se experimenta la ciudad. Por ejemplo, la percepción de la violencia puede afectar el modo de vida de las víctimas y las no víctimas³, pues el miedo a serlo es igual de perturbador, según explica Rotker (2000). El urbanista Guillermo Ibarra (2015) sostiene que en Culiacán «algo tan común como salir a caminar, ir al cine o al teatro y frecuentar centros comerciales ha dejado de ser una actividad segura para los lugareños» (p. 279). Aunque en lo concreto, los habitantes consiguen reproducir su vida en una normalidad construida sobre la base de una serie de códigos de interacción social que les permiten la sobrevivencia. Una forma de conocimiento específico, un saber común com-

³ Susana Rotker (2000) propone el término *víctima-en-potencia* para referir una nueva condición de ciudadanía generada en contextos de violencia. La *víctima-en-potencia*, explica la autora, es de clase media, es de clase alta, es de clase baja: es todo aquel que sale a la calle y tiene miedo, porque todo está podrido y descontrolado, porque nadie cree en nada. El «no creer en nada» alude sin dudas a una subjetividad del ciudadano determinada en función de su relación con el Estado y el poder, instituciones que hace tiempo dejaron de garantizar el derecho a circular por los espacios o mantener la integridad física.

partido (Jodelet, 1986), como evitar frecuentar ciertos lugares, mantener la comunicación constante con familiares y amigos, evitar salir de noche, entre otros.

Arteaga (2003) explica que, como parte del proyecto modernidad, la violencia sólo puede ser entendida como una constante desorganización social, derivada de «la formación de capital, la movilización de recursos, la transformación de las relaciones de productividad en el trabajo, la implementación de poderes políticos centralizados, la formación de identidades» entre otros, que tienen un efecto desarticulador en el espacio y tiempo social que producen (p. 121). Por lo tanto, todo cambio en las instituciones políticas, la esfera de producción, o cualquier referente cultural e identitario, deviene en *maquinaria de conflicto*⁴. En otras palabras, cuando la desarticulación social se mantiene, la violencia se revela como resultado de relaciones de dominación.

En el caso de Culiacán, la acción de los grupos de delincuencia organizada también comparte una dimensión espacial. Este fenómeno que se encuentra completamente abigarrado entre las dinámicas y procesos de la ciudad ha conseguido impactar toda práctica y forma social puesto que, al poner en tensión la moral civilizatoria, ha sabido generar una dinámica de orden y control social alternativa en Culiacán. Podemos entender entonces que la desarticulación espacial también responde a la acción y práctica de la delincuencia organizada.

La apuesta de los culiacanenses por la reproducción o trascendencia social ha sido generar y promover distintas maneras de relacionarse con los otros y con los espacios; formas de resistencia cotidiana. Un conjunto de prácticas espacia-

les resignificadas que consiguen trascender los núcleos inmediatos de interacción social y que, como explica Lefebvre (2013), no tendrían que ser necesariamente coherentes, en un sentido intelectualmente lógico, sino que representan un grado interesante de cohesión. Formas que permiten al mismo tiempo desarrollar nuevas dinámicas sociales y reconfigurar los marcos de experiencia (limitada⁵) de la ciudad en la vida cotidiana⁶. Es probablemente en «la cotidianidad [donde se sitúa] la posibilidad misma de la emancipación» (Martínez, 2013, p.41). Una cotidianidad que, pese a su tendencia subversiva, no es ajena a la coacción destructiva de estructuras violentas propias y arraigadas a esos espacios.

UNA VEZ MÁS SE DEMOSTRÓ QUIÉN TIENE EL MANDO...!⁷

Uno de los episodios más violentos en la historia contemporánea de Culiacán tuvo lugar el pasado 17 de octubre de 2019. Este suceso que ha trascendido en la historia contemporánea de México como *culiacanazo* o el *jueves negro*, consistió

5 Hanna Arendt (2016, p. 49) sostiene que: «en el sentido antiguo, el rasgo privativo de lo privado, indicado en el propio mundo, era muy importante; literalmente significaba el estado de hallarse desprovisto de algo, incluso de las más elevadas y humanas capacidades. Un hombre que sólo viviera su vida privada, a quien, al igual que al esclavo, no se le permitiera entrar en la esfera pública, o que, a semejanza del bárbaro, no hubiera elegido establecer tal esfera, no era plenamente humano. Hemos dejado de pensar primordialmente en privación cuando usamos la palabra “privado”, y esto se debe parcialmente al enorme enriquecimiento de la esfera privada a través del individualismo moderno».

6 La vida cotidiana entendida como espacio material y cognitivo que permite el hacer como proceso dinámico-creativo de producción y reproducción de formas sociales, culturales, políticas y económicas que en lo concreto favorecen el desarrollo de subjetividad, representación e identidad social. Al respecto Lefebvre (1978, p. 85) escribe: «[la vida cotidiana] nos rodea y nos cerca; en el mismo tiempo y espacio, está en nosotros y nosotros en ella y estamos fuera de ella, tratando sin cesar de proscribirla para lanzarnos en la ficción y lo imaginario, nunca seguros de salirnos de ella, aun en el sueño».

7 Fragmento del tema Toque de queda en Culiacán, que narra la historia de los disturbios ocurridos el 17 de octubre de 2019 en Culiacán. Interpretado por el grupo de norteño Los sobrinos de Sinaloa. <https://www.youtube.com/watch?v=6hFoa3qTtOU>

4 El autor se refiere a la potencia de cualquier cambio en la producción, las instituciones o en los identitarios culturales y sociales, para originar un movimiento social violento.

en el enfrentamiento entre grupos armados, supuestamente vinculados al cartel de Sinaloa, y los efectivos de las principales fuerzas de seguridad mexicana (Infobae, 2022).

Hasta el día de hoy, la situación no ha sido esclarecida del todo. La versión oficial (del entonces presidente Andrés Manuel López Obrador 2018-2024) insiste en que se trató de un operativo de captura a cargo de las Secretaría de Defensa y Seguridad Nacional contra Ovidio Guzmán López, hijo del narcotraficante Joaquín Guzmán Loera «El Chapo». El resultado, sin embargo, no fue el esperado por las autoridades. Después de cinco horas de enfrentamientos armados en distintos puntos de la ciudad entre militares y presuntos miembros del denominado cartel de Sinaloa, Ovidio fue capturado y liberado casi de inmediato para «evitar pérdidas humanas y que aquello se convirtiera en una zona de guerra», según palabras del ejecutivo federal. Sea cual sea la verdad de lo sucedido, hay un factor que es imposible dejar de lado en esta vorágine de circunstancias: la capacidad de los grupos armados en el estado de Sinaloa, particularmente en Culiacán, para controlar el espacio ciudad.

Para los culiacanenses, los ataques como este no representan situaciones aisladas. Por el contrario, entre los habitantes existe ya una suerte de sentido común colectivo que permite articular mecanismos de defensa al enfrentar esos momentos de vulnerabilidad. Este conocimiento se construye a partir de la experiencia vivida en el espacio ciudad y se va reconfigurando conforme al dinamismo de las prácticas sociales para cubrir las necesidades de interacción, desplazamiento y comunicación presentes en la vida cotidiana de los actores sociales. Se manifiesta a modo de códigos y formas de conducta originados primero en los núcleos sociales más íntimos: familia, amistades, trabajo, escuela, centros

sociales, etc., para después hacerlos extensivos hasta otros espacios de la vida social. Sobre esto, León (2008) retomando las aportaciones del filósofo canadiense Charles Taylor, explica que:

las prácticas sociales se definen por tener sentido [...], las prácticas tienen expresiones objetivas y subjetivas concomitantes, son desplegadas espacial-temporalmente y a la vez son formas de concebir y entenderse a sí mismo y al mundo social; es imposible atribuir a alguna de tales dimensiones, aisladamente, un atributo causal (p. 304)

Lo anterior cobra relevancia al ser analizado desde la dimensión de la esfera pública como escenario de las formas y funciones colectivas del grupo social, es decir, es en el espacio de lo público donde los individuos comparten a partir de un marco común otorgando sentido y legitimidad a las prácticas y, de esa manera, logrando la trascendencia como sociedad. Como escribe De Alba (2016), «el espacio es más que el contexto material que nos rodea, es un conjunto de símbolos que cobran significado a partir de haber dejado la huella de nuestras experiencias en él, como individuos o como colectivo. Proyecta la imagen del grupo, se incorpora en su identidad y en sus recuerdos» (p. 138)

HABITAR CULIACÁN

Como en distintos polos del mundo las transformaciones espaciales en Culiacán y, por lo tanto, las representaciones que emergen de ella, han respondido al contexto histórico, económico y político. Eso significa que a toda modificación espacial le antecede una serie de cambios estructurales. En este caso, dicha transformación y proliferación de espacios, se encuentra anclada tanto a las dinámicas de acumulación y flujos de capitales, como a una serie de actividades

y actores de carácter ilegal que hacen parte de la estructura económica. Por ello me interesa encaminar el análisis más allá del imaginario estigmatizado del narcotráfico en Culiacán y repensar el despliegue e impacto que esto ha tenido en términos de la constitución de la ciudad. Mi intención es dar luz sobre el porqué de ciertas prácticas que particularizan a esta sociedad y a la estética urbana de la ciudad.

Las condiciones de peligrosidad, violencia, opulencia, excesos, vinculados al ejercicio del narcotráfico en la ciudad, se mantienen en constante tensión con los intentos modernizadores y las formas rurales de habitar que sobreviven en el territorio. Este contexto se muestra como un proveedor de imágenes específicas, lo que coadyuva en la elaboración de un imaginario coincidente con el objeto representado (Arruda, 2020).

En un artículo sobre procesos de institucionalización de la *narcocultura* en Sinaloa, Jorge Sánchez (2009), explica que el fenómeno del narco comienza a legitimarse y cobrar significancia en los años setenta, cuando trasciende los horizontes de la ruralidad y se instala en la urbe. Las colonias populares, periféricas en aquella época, fueron las que primero recibieron a los narcotraficantes. De tal manera que el *abanico* social del narco comenzó a incluir tanto a los involucrados en el tráfico, como a todas aquellas personas que simpatizaban y/o se identificaban con sus formas. Consecuentemente, al mostrarse generosos con el entorno, la figura del narco se enaltece a modo de *mesías carismático* capaz de resarcir el profundo olvido y rezago económico y urbano en que se encontraban las clases populares.

Así que, al instalarse en la zona urbana las familias dedicadas a esta actividad, se instala igualmente un sistema social y cultural que evoca la figura del narco. La presencia y parti-

cipación de estas personas que «de la noche a la mañana» se hacían de grandes fortunas tuvo un impacto significativo tanto en las formas cotidianas de vida como en el desarrollo de la estructura político-administrativa y urbana de Culiacán como *ciudad del narco*.

El historiador Froylan Enciso (2014), ha descrito como los recién llegados se hacían de poderío y reconocimiento a base de dinero. Según el autor, «[como] el dinero no tiene principios morales ni ideología, fue con base [en ello] que los narcotraficantes entraron a todos los espacios de la sociedad sinaloense». Se supone que, valiéndose de este recurso, lograron establecerse en colonias que hasta el momento eran habitadas por la clase alta culiacanense que había hecho fortuna con los procesos agrícolas; personas respetadas en la sociedad. Además de esto, Enciso señala otro recurso de escalada social: los matrimonios. Los narcotraficantes casaban a sus hijos con las hijas de empresarios poderosos y reconocidos de la ciudad, para introducirse en la *buena* sociedad.

Es a partir de esta reconfiguración en el tejido social urbano que se fue construyendo y difundiendo una particular idea del narcotraficante como un ser de honor, gallardo, leal a la familia, generoso, religioso, rural y, por otro lado, vengativo, estratega, ostentoso, irruptor, poderoso, violento. Entonces, una idea de narcotraficante que primero emergió en la zona serrana del estado por allá de los años cuarenta gracias al contrabando de marihuana y amapola, migró a la ciudad junto con las familias. Así, al combinarse con las formas más citadinas-urbanas, impregnó distintas dimensiones de la vida cotidiana: vestimenta, música, arquitectura, estilo de vida, etc.

IMAGINARIO DEL NARCOTRAFICANTE

Aunque carente de una definición unívoca y contrario a las posturas teóricas de tradición racionalista, por sus referencias hacia elementos sociales intangibles, el concepto imaginario social ha ganado terreno en los debates sociales contemporáneos. Al rescatar elementos de la vida cotidiana, permite también, desde la perspectiva de lo dinámico, el entendimiento de las transformaciones sociales. Si bien emerge como una cuestión individual, es decir, como imaginación, los imaginarios sociales no podrían considerarse únicamente la suma de imaginaciones individuales, pues éstas, por sí solas, no pueden producir significación social (García, 2019).

Arruda (2020) explica que la profundización teórica sobre el imaginario y las representaciones sociales han llevado a puntos de coincidencia entre los dos caminos. Por otro lado, tal profundización ha visibilizado los paradigmas que distancian y desprestigian estas formas de análisis que hasta no hace mucho eran consideradas no científicas. Actualmente, el «deshielo de las barreras» disciplinarias, ha permitido la revalorización de lo simbólico como herramienta para «la rehabilitación de saberes despreciados, el interés por lo cotidiano, lo profano, lo popular» (p. 40).

Retomo aquí la definición de imaginarios sociales propuesta por Taylor (2006). De acuerdo con este autor, el imaginario social se trata de una creación que determina un orden moral en la sociedad, puesto que, se trata de las formas de imaginar toda la sociedad en su conjunto, su funcionamiento y su identidad. Debe contener tres características fundamentales: (1) la forma en que las personas «imaginan» su entorno social, manifestado en leyendas, historias e imágenes; (2) debe ser compartido por grupos amplios, incluso la sociedad en su conjunto; (3) se trata de una concepción colectiva que posi-

bilita las prácticas comunes y las legitima. De aquí que, como escriben Aravena y Oehmichen (2023) siguiendo a Castoriadis, «los imaginarios sociales son el magma del que se nutre la identidad social» (p. 10).

En gran medida, la resonancia del tema narcotráfico ha sido heredada por el imaginario que se tiene de algunos personajes populares, mismo que ha sido difundido a través de los medios de comunicación masiva en el colectivo social. Emergieron figuras carismáticas que ayudaban al pueblo a razón de despojar aquellos que tenían mucho. Reconocidos como bandoleros/bandidos o contrabandistas, se ganaban el agrado y complicidad de aquellos con quienes se mostraban bondadosos. Un ejemplo ilustrativo de este tipo de personajes en Sinaloa es el caso de Jesús Malverde.

Aunque se ha popularizado la imagen de Malverde como el «santo de los narcos», a principios del siglo XX la historia era otra. Cuentan los que saben que Jesús Juárez Mazo o Jesús Malverde Campos (existen dudas con respecto a su nombre real, incluso sobre su existencia), oriundo de Navolato, radicado en Culiacán, en años del porfiriato (1876-1911) dedicaba sus días y entusiasmo a robar. Al principio fue subestimado, pero al pasar los años, éste hacía notar de manera cada vez más clara sus habilidades y audacia para el hurto y, como consecuencia de ello, su peligrosidad. Lo que llamaba la atención de quien años más tarde sería un gran personaje del folkllore culiacanense era la naturaleza de sus proezas, ya que supuestamente acechaba⁸ y robaba a los ricos y repartía el botín entre los pobres; además de que había cierta espectacularidad en sus hazañas. Murió colgado, cerca de la zona donde en 1999 se construiría una

⁸ Se dice que se escondía en el monte verde antes y después de cada asalto: de lo verde salía y a lo verde se escondía. Por eso se le apodó mal-verde (García, 2002). Esta idea es compartida entre aquellos que aseguran que su nombre no era ese.

capilla en su memoria (Figura 2), en el oeste de la ciudad. Se dice que las autoridades mantuvieron el cadáver ahí colgado a modo de escarmiento popular. Sin embargo, entre «los pobres», aquello se veía como símbolo de generosidad. Por lo que, al paso de los días, alguien, no se sabe quién, clavó una cruz en su honor. Los andantes iban al paso dejando piedras alrededor de ésta, piedras que objetivaban las oraciones que en su nombre y en gratitud hacían. Fue así hasta que de tanto orar, se formó un montículo. Después de un tiempo, corrió el rumor de que el ánima de Malverde se le apareció a una lugareña señalando el sitio exacto donde encontraría una olla de barro llena de monedas de oro⁹. Fue así como su imagen cobró un cierto halo de religiosidad y misticismo. Las gentes le llevaban veladoras y le pedían milagros, a lo que el ánima aparentemente respondía. Esa misma gente al correr el rumor de los supuestos milagros, lo convirtió en el santo patrono de las cosas y las causas perdidas¹⁰ (Álvarez, 2001).

Figura 2. Capilla de Malverde. Culiacán, Sinaloa, México.



Fuente: proceso.com.mx

La historia de este personaje icónico de Culiacán va mucho más allá de hacer favores y milagros a los narcotraficantes. Tal vez lo que le ha

ganado su trascendencia es el simbolismo de los infortunios. En este sentido, su vida sería afán de rebeldía; relato de las peripecias de un hombre determinado a negar las condiciones que se le imponían. Se percibe entonces como símbolo de gallardía por su determinación para transformar las condiciones de la vida y la de aquellos que consideraba sus iguales, robando a quienes no eran sus iguales (los ricos y los poderosos). Hacía pues lo mejor de la peor manera: una suerte de antihéroe. Sin embargo, aunque era irreverente, no podría considerarse transgresor. Sus trajines estuvieron siempre al margen de la ley, pero no en contra de ella, puesto que, al irrumpir, terminaba por legitimarla. Y para aquellos afectados por sus logros la validación de lo ilegal en dichos hechos los convertía en víctimas.

Sobresale en esta historia la clara dimensión del mito de la manera en que la define Carretero (2006, p.108), como una «racionalización simbólico cultural en la que el abismo sin fondo da paso al sentido». Este autor, al explicar la trascendencia del mito en la constitución cultural plantea la existencia y proliferación de éste como un recurso humano para trascender la angustia provocada por la imposibilidad de explicar de manera racional (científica) los motivos de la propia existencia. De esa manera destaca el carácter profundamente religioso del mito, que termina por ser el cimiento sobre el cual se asienta la experiencia de vida al rescatar, en el mejor de los casos, los orígenes de los grupos sociales. Además de proporcionar marcos de referencia éticos y morales, al resaltar virtudes o vicios que en última instancia orientan la conducta, cohesionan a la comunidad, legitiman formas e instituciones y garantizan la creatividad cultural.

En este sentido, el mito se posiciona como una característica importante en términos de la construcción de identidad y la percepción colectiva.

⁹ Existe una versión sobre el primer gran milagro, se supone que un ranchero perdió un grupo de burras que tenía a su cuidado, y afligido pidió al ánima de Malverde que le ayudara a encontrarlas. Después de un rato de búsqueda, las burras aparecerían cerca del montículo de piedras (García, 2002).

¹⁰ Es importante aclarar que la iglesia católica no lo reconoce como santo. Es sólo un personaje que hace parte del *folklore* de la región.

Alejándose así de un entendimiento más simplista como narración fantasiosa y/o supersticiosa, carente de continuidad, disminuido de importancia y trascendencia. Consigue atravesar la línea de lo estrictamente racional pues transita en una lógica emotiva, afectiva, del sentir colectivo.

Los mitos ofrecen explicaciones emotivas-afectivas de distintos fenómenos y/o comportamientos humanos que constituyen marcos simbólicos capaces de orientar a los seres humanos en el entendimiento de su propio entorno inmediato, de su universo colectivo. Su coherencia depende antes de la emocionalidad y la afección colectiva que de un sustrato lógico racional. Por lo tanto, como explica García (2002) en el caso de Malverde, la realidad es que al pueblo poco le importan las referencias históricas; simplemente le bastan los milagros. Es pues, un asunto de fe.

No obstante, todo mito es la cristalización del dinamismo de lo imaginado (Carretero, 2006), que emerge y se impone como lectura de la vida social, incluso frente a las experiencias vitales de cada individuo, y que son resignificados por cada grupo social en cada momento histórico. Por lo tanto, se presentan como *esquemas interpretativos del sentido social* (Cegarra, 2012, p. 5).

Es debido a la mistificación y glorificación de este tipo de personajes que actúan al margen de la ley, pero procurando el supuesto bien común (sea éste genuino o para beneficio propio), que algunos delincuentes que de hecho colaboran en el mantenimiento de sus comunidades, se reconocen y respaldan en la benevolencia de sus acciones. Esto, para bien o para mal, ha conseguido dejar un poco de lado los prejuicios que orbitan en torno a la actividad.

Como ejemplo, en los ochenta se difundió un discurso sobre los narcotraficantes, caracterizándolos como sujetos mayormente masculini-

nos, «bragados, serranos, con mucho dinero y que se burlan [viven al margen] de la ley» (Reyes, Larrañaga y Valencia, 2015, p. 73). Además de esto, dadas las bondades y consideraciones sociales que expresaban, se hicieron de aceptación y reconocimiento por su ostentabilidad.

En un estudio sobre la representación que los jóvenes universitarios tienen de los narcotraficantes en Sinaloa, mediante las categorías empleadas para describirlo (Figura 3), Reyes, Larrañaga y Valencia (2015) explican que, de acuerdo con los resultados, si bien existe una valoración más o menos nivelada en la dicotomía: positivo (económico-poder)/ negativo (violencia), referente a la personalidad. En cuanto al ejercicio de la actividad, existe una ligera inclinación hacia la consideración de lo positivo. Eso en concordancia con la cantidad de veces que fueron repetidas las palabras que refieren una aceptación de las cosas. En este tenor, la tendencia de los encuestados a señalar de manera positiva las condiciones materiales, deja ver dos cosas: una predisposición aspiracional¹¹ y la añoranza hacia un estilo de vida, más que a los personajes.

Siguiendo a estos autores, para el caso de Sinaloa han tenido lugar dos momentos que particularmente han contribuido en la dispersión de un imaginario del narcotraficante, y que además significaron un giro en la percepción de éste en términos de personalidad. El primero tuvo lugar tras la captura de Miguel Ángel Félix Gallardo, a mediados de los ochenta.

¹¹ Los autores usan el término meritocracia. En mi opinión resulta más apropiado hablar de aspiración, considerando que no sólo se alude al ejercicio de la actividad como trabajo legítimo, sino que además se espera, a través de los recursos adquiridos mediante ello, introducirse en dinámicas y círculos sociales de mayor prestigio e interés. Aunado a lo anterior, es preciso puntualizar que en este caso (narcotráfico), el motor que impulsa los esfuerzos no es necesariamente el anhelo de alcanzar una posición de responsabilidad y poder en dichos círculos, sino de hacerse de los recursos necesarios (al margen de lo que implique en lo concreto) para replicar un estilo de vida anhelado.

Al descubrirse las conexiones de éste con importantes personalidades de la política y el mundo empresarial mexicano, se empieza a percibir a los narcotraficantes como hombres inteligentes y estrategas, capaces de lograr un cierto poderío no únicamente económico, sino político y social. El segundo momento se vería con la llegada del Partido Acción Nacional (PAN) al gobierno federal (2000-2012). De acuerdo con los autores, la guerra contra el narco caracterizó a los gobiernos panistas, además de sacar a la luz los vínculos entre gobierno/Estado y narco (corrupción), y el poderío de los últimos (impunidad), también puso de manifiesto los lazos de aceptación y complicidad sociales de que gozan los narcotraficantes en Sinaloa, perpetuando la idea de aquellos como individuos generosos y comprometidos con sus comunidades. No obstante, nada de esto diluye en totalidad la valoración negativa de los hechos con que concretamente se vincula al mundo del narcotráfico: violencia, secuestros, miedo, armas, robos, sangre, peligro.

Figura 3. Valoración y palabras descriptivas utilizadas por los encuestados

Categoría	Campo temático	Palabras principales	Características del narcotraficante
N1	Características positivas	Autos, casas, economía, alhajas, ricos, dinero, mujeres, vestido, rasgos, inteligente y valiente	Define el perfil positivo prototípico, así como sus acciones típicas
N2	Características negativas	Analfabeto, ignorante, drogadicta, inculto, sin educación, enfermo, vulgar y alcohólico	Define el perfil negativo prototípico, así como sus acciones típicas
N3	Comportamiento	Agresivo, violento, corrupto, abusivo, peligroso, excéntrico, machista, grosero, delincuente, inmoral e intolerante	Caracteriza el comportamiento, así como las actividades delictivas
N4	Hechos violentos y actos delictivos	Matan, delincuencia, violencia, poder, armados, venden, drogas, armas, muertes y corrupción	Identifica las actividades delictivas típicas y señala acciones violentas que realizan los grupos criminales

Fuente: Reyes, Larrañaga y Valencia, 2015.

Lo reflejado en el cuadro no es una característica menor, sino el abigarramiento que existe entre las formas sociales y las formas sociales del narco¹². La actividad y aquellos que la realizan se han perfilado de tal manera que se desenvuelven a la par de los procesos sociopolíticos de la región, participando activamente en ellos. Por lo tanto, resulta innegable su cercanía con la sociedad.

12 Con esto me refiero a las formas en que los narcotraficantes en Sinaloa han tejido redes con la población. Las aproximaciones e interacciones: reparto de despensas, apoyos económicos, pavimentación de calles, construcción de escuelas o iglesias, etc.

El imaginario social se convierte en un recurso para dar sentido, frente a lo que aparece como desconocido y ante las dificultades de su comprensión (Arruda, 2020). En este caso podría explicar la aparente aceptación de un fenómeno que se percibe como negativo. «Puede referirse tanto al proceso de creación como al conjunto de imágenes, modelos y creencias, heredados por los individuos a partir de su participación en la sociedad» (p. 42)

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DEL NARCOTRÁFICO EN CULIACÁN

Cegarra (2012) describe las representaciones como esquemas o sistemas de referencias de interacción que hacen inteligible el mundo social. Éstos, comenta el autor, se hacen efectivos a partir de discursos sociales y símbolos. Por lo tanto, toda representación social es manifestación de un cuerpo de conocimientos colectivos que se hacen necesarios para la interacción y la interpretación.

Aunque las representaciones sociales se forman en tanto el individuo interacciona con su entorno social, pues aprehende de manera cognitiva lo socialmente establecido, resultará una suerte de impresión de experiencias colectivizadas y codificadas previamente. Eso quiere decir que está en función de la sociedad en la que se presente y, por lo tanto, de las prácticas y dinámicas, de su entorno. Se trata del «saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales, socialmente caracterizados» (Jodelet, 1986, p. 474).

El canal informativo francés, France 24, divulgó en 2019¹³ un reportaje en el que nombraba a Sinaloa «la cuna del narcotráfico» en México.

Señalaban entre otras cosas, la violencia, las drogas, la música, los grupos delincuenciales, la ropa, las armas, el dinero, el poder, los lujos y la ostentación. Todo aquello que se denomina *narcocultura*, es decir, todo lo que evoca la simbología del narcotráfico. De acuerdo con Sánchez (2009) se nombra a razón de cultura porque comparte muchos de los elementos que la componen (formas tangibles e intangibles de significación compartida). La característica es el prefijo *narco* antepuesto, que evidentemente refiere al narcotráfico.

Para entender de manera un poco más profunda la importancia de la simbología y la imagen como recurso figurativo para facilitar la comprensión de lo distante o desconocido, sirva la explicación de Arruda (2020):

La dimensión de imagen en una representación social comprende, por lo tanto, el conjunto de elementos e imágenes figurativos (icónicos, lingüísticos, etcétera) que existen dentro de ella, incluidos aquellos que intervienen en los procesos de elaboración de la representación social. Además, el imaginario también es parte de la dinámica de la representación social, siempre que sea parte del movimiento de redefinir (significación: anclaje) y de rediseñar (figuración: objetivar) el objeto. Esto cambia el bagaje de significados anteriores del grupo / sujeto al mismo tiempo (p. 38-39)

Los procesos de objetivación y anclaje que operan como parte de la representación social tienen dos funciones: el primero, la objetivación, favorece materializar una idea abstracta en una forma concreta, por ejemplo, la ropa llamativa, los corridos, las construcciones opulentas, las tumbas extravagantes, como simbología del narcotráfico. El segundo, el anclaje, vincula el conocimiento pasado para interpretar el presente, por ejemplo, entender el carácter histórico de la producción de estupefacientes en la

¹³ <http://www.france24.com/es/20191202-en-foco-sinaloa-crimen-cha-po-narco>

región y cómo esto ha permeado la cultura (Aruda, 2020; De Alba, 2016).

En este caso, la memoria colectiva se convierte en el nexo entre el pensamiento social pasado y las expresiones del presente. Se constituye por una serie de medios sociales construidos en el tiempo de la experiencia cotidiana. Mientras que la representación permite la construcción de un recuerdo vinculado a la situación presente de los sujetos que servirá para el futuro. Tal recuerdo, sin embargo, se reconstruye a partir de la práctica social y el pasar del tiempo, generando a su paso una identidad social. En ambos casos se subraya la importancia de la dimensión histórico temporal en la construcción social de la realidad (De Alba, 2016).

Los corridos, por ejemplo, son narraciones musicales sobre personajes, lugares y/o hazañas fortuitas. Han hecho parte integral de la cultura regional sinaloense desde los 1900 por tratarse de una forma musical más cercana al pueblo. Los narcocorridos, por otro lado, relatan las historias de individuos (en su mayoría hombres) vinculados al narcotráfico. Pueden tratarse de su biografía o de las proezas de su actividad. Se dice que son producidos «por encargo», apelando a la idea del tipo valiente, irruptor, habilidoso, emulando a los bandoleros de antaño que ayudaban a los pobres mientras burlaban la ley. Fueron ganando popularidad gracias a su reproducción en medios de comunicación masiva y por el auge mismo del narcotráfico a nivel internacional.

«El narcocorrido en Sinaloa elimina toda connotación social, política y diluye su vinculación con el pueblo y con la tradición épica, para enfrascarse en la nueva empresa, ahora hedonista, utilitarista e individualista» (Sánchez, 2009). A la luz del *culiacanazo* y sus consecuencias, este argumento puede ser debatible. Posterior a los enfren-

tamientos, circuló en medios y redes sociales la canción titulada «el ratón», escrita por José Ernesto León Cuén e interpretada por el grupo de música nortea Código FN. En éste se relata la vida de Ovidio Guzmán y lo sucedido el 17 de octubre de 2019 en Culiacán, además de una supuesta disculpa de este personaje tras los hechos violentos¹⁴. La relevancia del mensaje es que podría llegar a resarcir la fisura en la relación con la sociedad culiacanense al generar cierta simpatía por su arrepentimiento y petición de perdón. Porque cabe señalar que en los videos que circularon en redes, al momento de la captura, se escuchaba al delincuente solicitar a su grupo detener los enfrentamientos, con la intención de entregarse.

Otra de las particularidades de las representaciones del narcotráfico culiacanense, que en algún punto convergen inevitablemente, serían la devoción a la religión católica y la arquitectura llamativa. Existe una clara intención de atender, en medida de lo posible, los mandatos y sacramentos del catolicismo¹⁵. Se veneran imágenes de la virgen de Guadalupe, Malverde y san Judas Tadeo, principalmente. Por otro lado, se construyen casas, departamentos, haciendas, lugares para eventos, iglesias, mausoleos, completamente lujosos, ostentosos, excitantes. Algunos panteones en Culiacán, como el Humaya (Figura 4), gozan de mucha popularidad por eso. Sin duda las tumbas han sido uno de los mayores motivos de despilfarre de los narcos de esta región, incluso después de la muerte. Tal vez sea una manera de inmortalizar la opulencia.

14 El tema musical cobró aún más relevancia tras la captura de Ovidio Guzmán en el 2024. Más información: <https://www.infobae.com/america/mexico/2023/01/06/cual-es-el-origen-del-corrido-soy-el-raton-dedicado-a-ovidio-guzman/>

15 Con respecto al homicidio, por ejemplo, que en la religión católica se considera pecado capital, no se estima a partir de la acción en sí misma sino como parte de su trabajo.

Figura 4. Panteón Jardines del Humaya, Culiacán



Fuente: abcnoticias.com; eldebate.com; estoessinaloa.com

La cosa con el narcotráfico en Culiacán es que no se trata únicamente de tener, sino de parecer, de aparentar. Las imágenes que lo representan se materializan sobre la base de una realidad escindida resultado de las dinámicas de dominación a las que, como cualquier actividad económica, se encuentra sometida. Desde Debord (1995, p. 12), la dominación de la economía sobre la vida social produjo en la definición de toda realización humana una evidente degradación del *ser en tener*. La fase presente de la ocupación total de la vida social, por los resultados acumulados de la economía conduce ahora un desplazamiento generalizado del *tener en parecer*, del cual todo *tener* efectivo debe obtener su prestigio inmediato y su función última.

Dado lo anterior, al tratarse de poder y dinero, el narcotráfico en México busca adaptar cualquier expresión simbólica de ello. Es posible pensar este cúmulo de símbolos desde la categoría *narcoestética*. Siguiendo a Omar Rincón, periodista e investigador colombiano, Acosta (2014) habla de la *narcoestética* como una forma de aprehender la realidad emulando un estilo de vida basado en un imaginario que gira en torno a la generación de dinero a través y únicamente, del tráfico de drogas. Asimismo, explica que «no es propiamente el mal gusto, sino otra estética, común entre las comunidades desposeídas que se asoman a la modernidad y sólo han encontrado en el dinero la posibilidad de existir en el mundo» (p.110). Se trata de exhibir lo que se ha conseguido mientras se tenga el tiempo para ello, que puede ser corto. Por eso se procura lo ostentoso, llamativo, estridente, todo lo que sea visible: cualquier cosa que denote poder sin tener que decirlo. En esta línea de ideas, la *narcoestética* sugiere una apología a la acumulación. Simbolizaría entonces la *estética de la acumulación* ilegal en Culiacán.

A decir de Acosta (2014), se ha construido un estereotipo devenido a mito; una representación de un fenómeno complejo que por efecto de la repetición se reduce y distorsiona al grado de empezar a percibirse como algo simple. Un imaginario creado sobre la base del consenso colectivo común, que justifica su construcción, reproducción y dispersión mediante la producción de elementos simbólicos indistintos: ropa, arquitectura, música, literatura, pintura, estilos, lenguajes, etc. De esta manera, la *estética del narcotráfico* se encuentra anclada a la ciudad de Culiacán.

En este sentido, el punto de interés es cómo las representaciones consiguen legitimar a los distintos grupos involucrados en las dinámicas del narcotráfico. Por un lado, «para los consumidores [ejecutores] directos, significa la competencia, el prestigio y la ocupación de un lugar

negado por el propio sistema; [por otro lado], para los otros cárteles la admiración y el temor; para los jóvenes que pasan a integrar las filas [del tráfico de drogas], el modelo aspiracional» (Acosta, 2014, p. 123).

REFLEXIONES FINALES

La experiencia de vida en la ciudad despierta en los habitantes un agudo sentido de pertenencia que deviene en la producción y reproducción de las formas de habitar/interactuar, que de facto garantizan la sobrevivencia del grupo social al apropiarse de ella. Tales formas permiten establecer y regular las relaciones e interacciones directas no únicamente entre individuos y grupos nucleares como la familia, amigos, trabajos, sino entre éstos y las grandes instituciones que ordenan y reglamentan la vida en sociedad por medio de códigos formales. La ciudad, en tanto mediación de interacciones, no estaría construida *a priori* de las estructuras sociales ordenadoras que la configuran y determinan, sino que se mostraría como condición y resultado de ellas. Por lo que, al ser producción y producto de relaciones sociales, no puede ser entendida de manera separada de tales estructuras. Se trata de un carácter simultáneo de existencia. La ciudad, entonces, se configura a partir de los usos, representaciones e imaginarios desprendidos de la práctica humana realizada en ella.

«Aunque fuertemente determinados por sus grupos de pertenencia, la sociedad y la cultura en su conjunto, las personas son capaces de crear sus propias representaciones de manera flexible y creativa, a fin de lidiar con un mundo activo, dinámico, cambiante, masivo y veloz» (De Alba, 2016, p.135). El problema deriva de la socialización simplificada de los estereotipos. Es decir, cuando se popularizan imaginarios específicos de manera acrítica que favorecen la aprobación

y aceptación de ciertos gustos, actos, personas, que lejos están de ser un ejemplo social. Algo peor podría significar el hecho de que mediante su difusión se llegan a romantizar y hasta idolatrar, como pasa con algunos personajes en series, películas, canciones y libros famosos.

Pero más allá de cualquier desagrado o desdén que pudieran generar las formas sociales del narcotráfico, existen circunstancias que no es posible dejar al margen si se pretende un análisis más bien crítico de la situación. Sirva el comentario de Cano (2009) en su reseña en La Jornada como ilustración:

En Surutato [municipio de Badiraguato, Sinaloa] se ríen del asombro de los visitantes primerizos. «Piensan hallar aquí al serrano con el cuerno de chivo y las botas, y nos encuentran a nosotros», dice entre risas Maribel López Ortiz, dueña de una tortillería y orgullosa hermana de Gustavo, quien con su esposa Elda Aída construye las primeras cabañas ecoturísticas en la población más grande de la sierra, lo que es mucho decir.

La explicación sobre el entrarle al negocio del narcotráfico en Culiacán, o en todo Sinaloa, no se puede limitar a una cuestión de inmediatez; de conseguir dinero, poder, lujos, de manera fácil y rápida. También tiene que ver con el entorno del que emergen los involucrados. Un entorno precarizado, marginado por demás (con las correspondientes excepciones), que constantemente les sugiere la escasez de sus posibilidades y lo sistemáticamente negado de su existencia. Digamos, como si el despliegue de su vida estuviera marcado y, por lo tanto, determinado por las espacialidades que habitan. El desdoblamiento social obligado responde entonces a la sumisión ante las dinámicas de la economía moderna. En otras palabras, no es que sea esa la única escala de éxito que conozcan/encuentren, sino que es la única a que sus recursos les dan acceso y lo único que consideran apropiado para ellos.

En la segunda parte del libro *Sobrevivir en Culiacán. Crónicas de goce y sufrimiento*, de Guillermo Ibarra (2020) se recogen algunos testimonios de culiacanenses que cuentan –desde el sufrimiento– lo que es vivir sin privilegios en esta ciudad. En los relatos es posible apreciar la experiencia de los habitantes en su propia voz, las condiciones de su existencia y los códigos de sobrevivencia. El común denominador es la precariedad circunscrita a sus espacios que encamina la incidencia delictiva. Sirva la historia de Juan José, preso por homicidio en Culiacán, como ejemplo:

A los trece años dejé la escuela, empecé a chamber para llevar dinero a la casa. Bueno, chamber es un decir; estuve de ayudante de carrocero, pero de volada me dediqué a robar piezas de carros (espejos, focos, baterías) en colonias cerca de mi casa (Canaco, Solidaridad) y a veces me iba al malecón. Era muy bueno para eso. Como que traía una habilidad natural para ese jale. Planeaba cada robo. Primero vigilaba el carro que me importaba, porque los carroceros ocupaban ciertas piezas que me compraban. Yo los ubicaba. Seguía al dueño a su trabajo, después a su casa. Luego pegaba el golpe. Iba a su casa en la noche. Cuando apagaban las luces y se dormían, le quitaba las piezas al carro. Yo era bien rápido desarmando piezas. Al otro día iba a venderlas. No pues me ponía feliz. Mientras más robaba, más me picaba (p.84).

En Culiacán las tensiones y los conflictos violentos, ocurren de manera recurrente y las consecuencias de ello permanecen como recuerdos materiales para sus habitantes. Específicamente en la ciudad, los espacios se construyen a partir de las acciones que llevan el sello de los designios humanos (Harvey, 2008), por lo que la reflexión debería encaminarse a partir de ello. En términos de lo urbano, cualquier aproximación requiere un conocimiento de las particularidades del espacio, desde una dimensión simbólica que tiene que ver con las condiciones históricas, sociales, políticas y económicas.

En este texto partimos del supuesto de que las representaciones del espacio social culiacanense no se construyen desvinculadas de las prácticas y dinámicas sociales que tienen lugar en ese espacio. Por lo tanto, la existencia y prevalencia del narcotráfico en Culiacán favorece la consolidación de un imaginario que da sentido a cada representación y que, al mismo tiempo, emerge como parte de la memoria y el sentido común colectivo. Las representaciones sociales permiten entender la dimensión subjetiva, al otorgar un sentido común de la experiencia a los sujetos, porque la sitúan en un contexto histórico, cultural y social específico (De Alba, 2017). Esto, porque las prácticas sociales no pasan desvinculadas del espacio en que se manifiestan.

Como explica Taylor (2006), es preciso ir más allá de las construcciones intelectuales emergentes de reflexiones distantes de una realidad social determinada. Por lo tanto, es necesario considerar los modos en que las personas, en la cotidianidad, entienden su propia existencia, el cómo se relacionan y las expectativas por las que trabajan. Sólo así podríamos entender por qué lo que sucede en Culiacán sólo tiene sentido en y a través de Culiacán.

REFERENCIAS

- Acosta, L. (2014). Narcoestética: la estética de la acumulación. *Revistas Unam Multidisciplina* 19. Recuperado de: <http://revistas.unam.mx/index.php/multidisciplina/article/viewFile/53084/47221>
- Álvarez, E. (2001). El ánimo de Malverde. En Figueroa y López (coord.), *Encuentros con la Historia. Culiacán Tomo I*. Culiacán: Revista cultural Presagio.
- Aravena, A. y Oehmichen (2023). Discursos sobre la nación, la alteridad. Imaginarios y representaciones sobre «Nosotros» y los «Otros». En Aravena, A., Oehmichen, C. Morales, J. (Coords.). *Imaginarios, representaciones e identidades sociales en América Latina*. UPAEP-USC.
- Arendt, H. (2016). *La condición humana*. Ciudad de México: Paidós.

- Arteaga, N. (2003). El espacio de la violencia, un modelo de interpretación social. *Redalyc*. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/3050/305026634005.pdf>
- Arruda, A. (2020). Imaginario social, imagen y representación social. *Cultura y representaciones sociales*, 15(29), 37-62. Epub 07 de marzo de 2022. Recuperado en 29 de octubre de 2025, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102020000200037&lng=es&tlng=es.
- Cano, A. (2009). La Operación Cóndor trajo miedo y éxodo en la sierra de Sinaloa. *Periódico La Jornada*. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/2009/05/24/politica/004r1pol>
- Castells, M. (2012). *La cuestión urbana*. México: Siglo veintiuno.
- Cegarra, José. (2012). Fundamentos Teórico Epistemológicos de los Imaginarios Sociales. *Cinta de moebio*, (43), 01-13. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2012000100001>
- Carretero, A. (2006). La persistencia del mito y lo imaginario en la cultura contemporánea. En *Revista Política y Sociedad*, Vol. 43, N° 2, pp. 107-126. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2196335>
- De Alba, Martha. (2017). Representaciones sociales y experiencias de vida cotidiana de los ancianos en la Ciudad de México. *Estudios demográficos y urbanos*, 32(1), 9-36. Recuperado en 29 de octubre de 2025, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-72102017000100009&lng=es&tlng=es.
- De Alba, M. (2016). Teorías en diálogo: representaciones sociales y memoria colectiva. *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 80, 131-148. Recuperado en 29 de octubre de 2025, de: <https://www.redalyc.org/journal/393/39352881007/39352881007.pdf>
- Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Ediciones naufragio: Santiago.
- Enciso, F. (2014). El origen del narco, según la glosa popular sinaloense. *ResearchGate*. Recuperado de: <https://bit.ly/3fCe0kg>
- Fernández, J.A. (2018b). La Operación Cóndor en los Altos de Sinaloa: la labor del Estado durante los primeros años de la campaña anti-drogas. *Revista Ra Ximhai*. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/461/46158062004/html/index.html>
- García, L. (2002). *Crónicas. Malverde, Leyenda de un bandido milagroso*. H. Ayuntamiento de Culiacán.
- H. Ayuntamiento de Culiacán (2022). *Acerca de Culiacán*. Disponible en: <https://www.culiacan.gob.mx/>
- Harvey, D. (2008). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Ibarra, G. (2020). *Sobrevivir en Culiacán. Crónicas de goce y sufrimiento*. Universidad Autónoma de Sinaloa/Instituto Sinaloense de Cultura.
- _____ (2015). *Culiacán, ciudad del miedo. Urbanización, economía, violencia*. México: UAS/Jorale Editores
- INEGI – Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2020a). *Censo general de población y vivienda 2020*. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/>.
- INEGI – Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2020b). *Demografía y Sociedad*. Disponible en: <https://www.inegi.org.mx/temas/estructura/#mapas>
- Infobae (2022). *Qué fue el Culiacanazo: el día más negro en la historia de Sinaloa*. Disponible en: <https://www.infobae.com/america/mexico/2022/10/14/que-fue-el-culiacanazo-el-dia-mas-negro-en-la-historia-de-sinaloa/>
- Jodelet, D. (1986). *La representación social: fenómenos, concepto y teoría*. En: Moscovici, S. (comp.). *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capital Swing.
- _____ (1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones península.
- León, C. (2008). Charles Taylor, Imaginarios sociales modernos, Paidós, Barcelona, 2006, 226 pp. En *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, N° 64-65, Pp. 303-306. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5838904>
- Luna, B. (2002). *Origen y ocaso del Ingenio Rosales (1945-1997)*. H. Ayuntamiento de Culiacán.
- Martínez, E. (2013). Introducción: Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. En Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*. Madrid: Capital Swing.
- Reyes, H., Larrañaga, M. y Valencia J. (2015). La representación social del narcotraficante en los jóvenes sinaloenses. *Scielo Revista*. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/regsoc/v29n69/1870-3925-regsoc-29-69-00069.pdf>
- Rotker, S. (2000). Ciudades escritas por la violencia (A modo de introducción). En Rotker, S. (Ed.), *Ciudadanías del miedo*. Venezuela: Nueva Sociedad.
- Sánchez, J. (2009). Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa. *Revista Frontera Norte*. Recuperado de: <https://bit.ly/3h2cQ1Q>
- Taylor, C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona, Paidós.

